

bam  
bú

MONTGOMERY  
BONBON

# MUERTE EN EL FARO

**ALASDAIR BECKETT-KING**

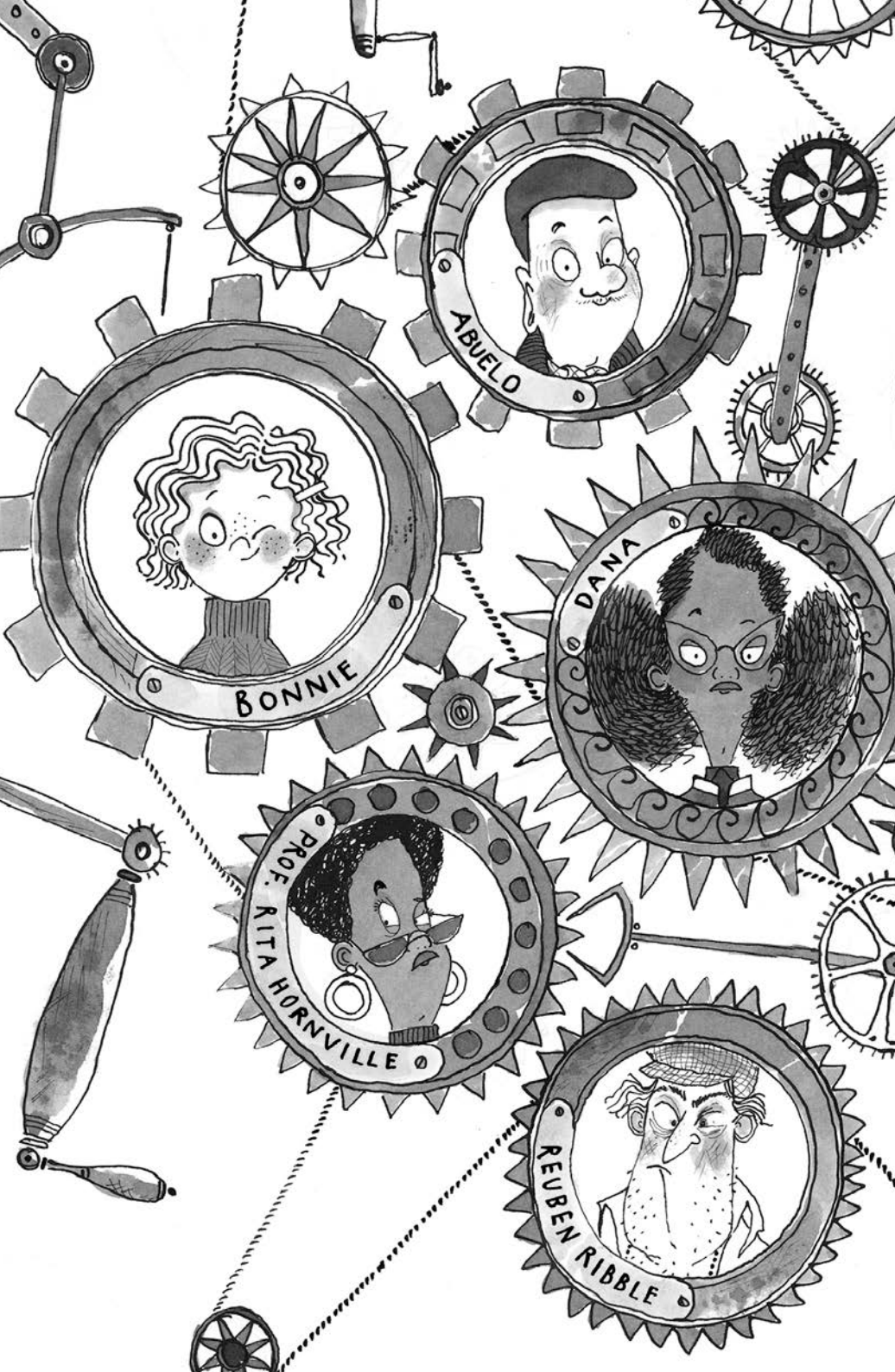
ILUSTRACIONES DE **CLAIRE POWELL**

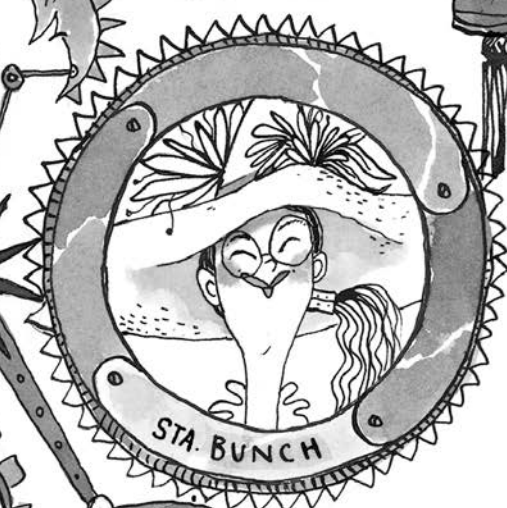
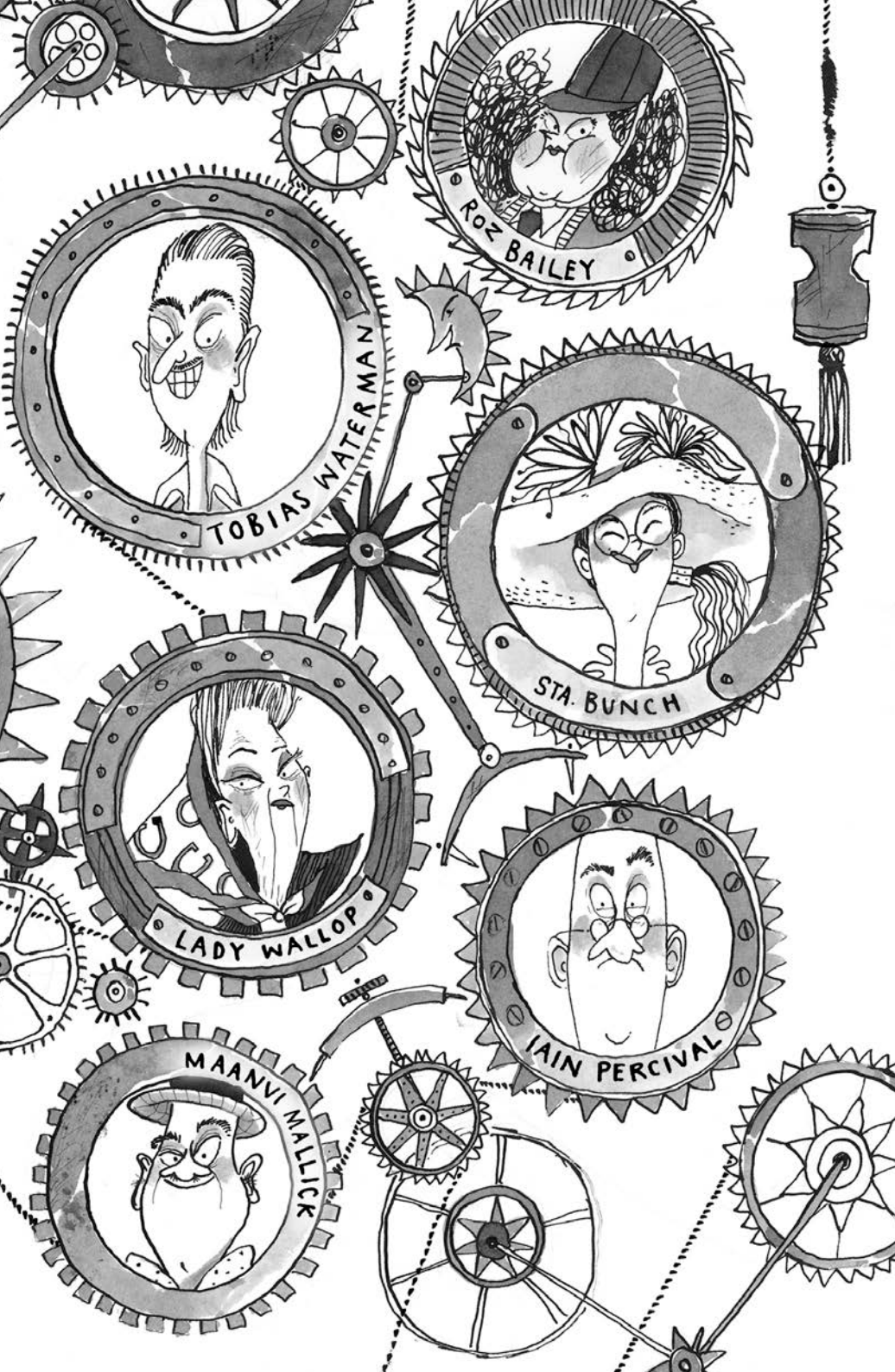
TRADUCCIÓN DE MARCELO E. MAZZANTI



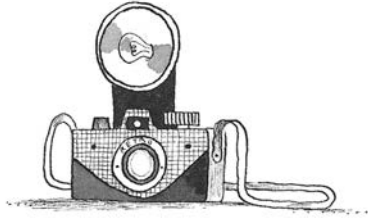


MAPA DE  
**ISLA RHARA**  
(INSULA INSULSORUM)









## *Capítulo 1*

# Isla Rhara

Lo más pesado de ser detective es que casi nunca puedes irte de vacaciones.

En eso iba pensando Bonnie, sentada en la vieja furgoneta gris de helados que traqueteaba por la carretera elevada que conducía hasta Isla Rhara. El vehículo se llamaba Bessie y lo conducía el abuelo Banks, exvendedor de helados que iba tan elegante como siempre, con un cárdigan hecho a medida y un pañuelo de seda. Su vieja cámara de fotos, que llevaba colgada al cuello, daba un salto cada vez que Bessie pasaba un bache.

En el asiento de al lado iba su nieta, Bonnie Montgomery.

Dejemos una cosa clara: Bonnie no era detective. Era una niña normal de un pueblo llamado Widdlington, uno de los lugares menos destacados de toda la galaxia. Como todo el mundo sabe, a las niñas normales de diez años no se les suele permitir ir por ahí resolviendo misterios. Pero, por una extraordinaria coincidencia, el mejor detective del mundo siempre tendía a aparecer allá donde estaba Bonnie.

Montgomery Bonbon no era alto. De hecho, tenía exactamente la misma altura que Bonnie. Nunca se lo veía sin su típica boina y su gabardina gastada. Bajo la nariz lucía orgulloso un elegante mostacho negro, y hablaba con un extranjero acento de lo más *mystérieux, non?*

Nadie sabía que Bonnie Montgomery y el famoso investigador eran la misma persona. Nadie,



salvo el leal ayudante de Bonbon y cariñoso familiar de Bonnie, el abuelo Banks. Y por eso ella nunca disfrutaba de unas vacaciones. Apenas podía sacar el cubo y la pala para jugar en la arena sin tener que ponerse enseguida el fabuloso mostacho falso de su segunda personalidad.

—Siempre había querido visitar Isla Rhara —dijo él, tanto a Bonnie como para sí mismo—. El faro, las playas, la feria... Tiene que ser todo un espectáculo.

El abuelo estaba contagiándole su entusiasmo a Bonnie. Seguro que esta escapada iba a ser mejor que su reciente estancia en el Parque Acuático de Pinshaw, arruinada cuando llamaron a Montgomery Bonbon para encontrar al nefasto Caco de la Caca. (Mejor no dar más detalles aquí; baste decir que algo olía muy mal en Pinshaw). Además, su último intento de ir de acampada se vio frustrado cuando el gran detective tuvo que seguir el rastro del Fantasma Verde de Crumberley End. La criatura, que había estado sembrando el terror entre los excursionistas que lo vieron por la zona, resultó ser el propio abuelo Banks con su máscara nocturna de aguacate para el cutis.

Con Bonbon, hasta algo tan tranquilo como visitar un museo podía acabar en asesinato. Y es que los

detectives se sienten atraídos hacia los misterios como las botas de lluvia a los charcos llenos de barro.

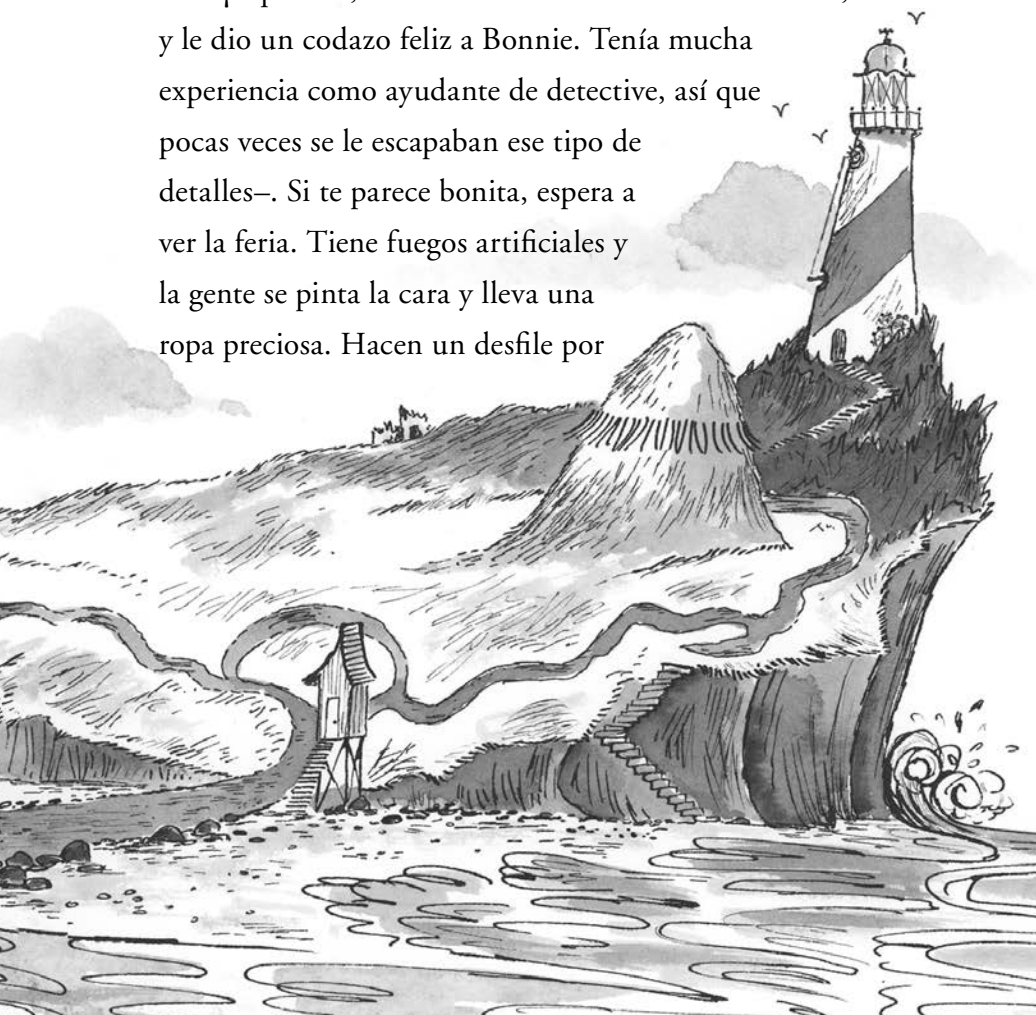
Bonnie miró por su ventanilla y vio cómo el Mar del Norte se extendía hasta el horizonte. Pasar por encima en la carretera elevada la hacía sentir como si fuese un guijarro lanzado dando saltitos por la superficie. La carretera en sí era muy curiosa: solo se podía usar cuando la marea estaba baja. Al cabo de unas horas se pondría el sol otoñal, la marea subiría y la Carretera Rhara desaparecería bajo las olas, dejando a la isla, ejem, aislada del resto del mundo hasta que las aguas descendieran de nuevo.

Más adelante, el camino de tierra arenosa daba a playas llenas de piedrecitas y acantilados sin árboles, pero con matojos altos y descuidados que se mecían al



viento. A Bonnie aquel conjunto de rocas y hierba le parecía como un montón de caras divertidas con geniales pelucas verdes. Toda la isla hacía una pendiente que subía y subía hasta llegar al famoso faro. Sintió que habían tenido suerte: las tormentas de la noche anterior limpiaron el cielo y ahora el sol brillaba sobre la isla y la bañaba con su luz entre dorada y rosa.

—¡Aquí está, Isla Rhara! —exclamó el abuelo Banks, y le dio un codazo feliz a Bonnie. Tenía mucha experiencia como ayudante de detective, así que pocas veces se le escapaban ese tipo de detalles—. Si te parece bonita, espera a ver la feria. Tiene fuegos artificiales y la gente se pinta la cara y lleva una ropa preciosa. Hacen un desfile por



toda la isla como nunca has visto. Suena genial, ¿no?  
¡Una semana sin crímenes! –Miró muy optimista a  
Bonnie–. Bueno, el precio del alojamiento aquí sí que es  
un crimen, pero...

La niña le sonrió. Sin duda, lo de la semana sin  
crímenes sonaba muy bien. Y, desde que se había  
despedido de su madre con un beso, tenía muchas ganas  
de ver la Feria de Isla Rhara, visitar el famoso faro de  
engranajes, hacer un agujero enorme en la playa y hasta  
aburrirse un poco.

Había metido el disfraz de Montgomery Bonbon en  
su mochila amarilla preferida y la había escondido en su  
habitación, en Widdlington. Por fin iba a pasar unas  
vacaciones tranquilas sin misterios ni intrigas ni nada  
extraño. ¡Nada se lo impediría!

**¡CLANC!**

Una barrera de rayas rojas y blancas bajó ante ellos  
como el hacha de un verdugo.

Tantos años conduciendo a Bessie habían afinado  
mucho los reflejos del abuelo Banks (¡nunca se sabe  
cuándo va a aparecer ante ti un fan de los helados

desesperado por conseguir una Sorpresa de Frambuesa!). Enseguida plantó su zapato de suela lisa en el freno.

*¡CRIIIIIIIIII!*

El frenazo empujó hacia delante a Bonnie. Tuvo que protegerse la cara con una mano para evitar que el mostacho saliera volando y se pegara al parabrisas, aunque entonces recordó que no lo llevaba puesto.

—¡La madre que lo pa...! —exclamó el abuelo, que enseguida se contuvo y murmuró—: Perdona la expresión.

Era un conductor excelente y muy pocas veces perdía la calma. Pero Bonnie sabía que, si había algo que él no soportaba, era la mala educación; y plantar una barrera ante las narices de unos inocentes turistas era muy poco elegante. El abuelo no tenía mucha experiencia en fruncir el ceño, pero ahora lo tenía más arrugado que un acordeón.

—¿¡Qué diantres de recórcholis de narices pasa!? —bramó a nadie en especial.

La barrera en cuestión estaba pegada a una caseta que se elevaba del suelo sobre unos zancos de madera de lo más curiosos. Según un cartel gastado, era la aduana

de Isla Rhara. Se abrió una puerta y salió un hombre. Llevaba un portapapeles en la mano y una corneta colgando del cinturón. Era totalmente calvo, excepto por un mínimo tupé que se agitaba con la brisa marina. Bajó unos escalones y se acercó a Bessie, se plantó unas gafas muy pequeñas en la punta de la nariz y dio unos golpecitos contundentes en la ventanilla del conductor.

El abuelo Banks bajó el cristal. El hombre se llevó la corneta a los labios y soltó un breve pero estridente

*¡PAAARP!*

—¡Eh! —El abuelo tuvo que taparse las orejas con las manos—. ¿Qué demonios está haciendo con esa corneta?

En vez de contestar, el hombre respiró muy hondo; tanto que Bonnie se temió que absorbería los matojos de su alrededor. Después se puso a leer en voz alta:

—EN nombre de la ORDEN del Vellochino de Oro de Isla Rhara, es un honor para MÍ el darles la bienvenida como TURISTAS a nuestra isla...

En Widdlington se conocía a los habitantes de Isla Rhara como «rharitos», y Bonnie empezaba a entender la razón. Miró al extraño individuo y al abuelo Banks, que

ahora tenía el ceño tan fruncido que las dos cejas se le habían unido en una muy enfadada.

—Mire, amigo... —empezó a decirle.

Pero el rharito no se dejó interrumpir.

—... y yo, Iain Percival, como jefe de aduanas de Isla Rhara, les recuerdo que TODAS las variedades de la planta herbácea *Allium cepa* están consideradas como CONTRABANDO y, por tanto, y por tonto y por tinta...

El abuelo Banks miró a Bonnie para ver si entendía algo de todo ese lío. Ella negó con la cabeza.

—¿Perdone? —le preguntó el abuelo al hombre.

—¡En Isla Rhara están prohibidas las cebollas! —respondió Iain Percival, impaciente, como si estuviese diciendo lo más obvio del mundo.

—¿Que en Isla Rhara qué de qué? —balbució el abuelo.

—Por orden de (valga la redundancia) la Orden del Vellochino de Oro —añadió Iain Percival, como si eso lo aclarase todo.



Y le puso al abuelo un folleto en las manos. Llevaba por título *Todo sobre las cebollas* y en la portada, en efecto, aparecía la foto de una cebolla con una gran X tachándola.

–Muy bien –resopló el abuelo. Se metió el folleto en el cárdigan y devolvió las cejas a su posición habitual–. No traemos cebollas. Ni una. Así que puede usted levantar su barrera y...

Bonnie hizo como que tosía. Los dos hombres la miraron.

–Bueno, en realidad –empezó a decir– no nos hemos acabado esta bolsa de patatas con sabor a queso y a cebolla...

Recuperó la bolsa en cuestión, medio vacía, de uno de los muchos compartimentos de Bessie, y se la mostró a Iain Percival, que reaccionó como si lo hubiesen abofeteado con un alga mojada.

–¡Contrabaaaando! –exclamó–. ¡Que acuda de inmediato la Unidad de Actuación Anticebollista!

La Unidad de Actuación Anticebollista resultó ser el propio Iain Percival, ahora con un gran sombrero en el que se leía UNIDAD DE ACTUACIÓN ANTICEBOLLISTA y un no menos grande mazo de madera. Sin apartar la vista de

Bonnie y del abuelo, procedió a machacar todas las patatas.

—¡Esto, por incumplir de forma flagrante las regulaciones municipales!

**¡CRUNCH!**

—¡Esto, por poner en peligro las delicadas narices de los habitantes de nuestra isla y los sensibles picos de nuestras gaviotas marinas!

**¡CRUNCH!**

—¡Debería denunciarlos en este mismo instante!

**¡CRUNCH!**

Bonnie nunca había visto un lío tan impresionante sin el menor motivo. Y eso que una vez había presenciado cómo Prashanti Sands, la inspectora más incompetente de la policía de Widdlington, jugaba en la caseta del juego Remoja a la Rata durante las fiestas del pueblo; el incidente acabó con tres niños detenidos, una patada en el trasero a un cura y una botella de champán volcada.

Por fin, y después de tomar un montón de notas en su portapapeles, Iain Percival le dijo al abuelo que por esta vez iba a dejarlo ir solo con una advertencia muy seria. Alzó la barrera, Bessie volvió a la vida con un gruñido y reemprendió el camino.

¡Ahora sí que Bonnie Montgomery estaba oficialmente de vacaciones!

—¿Tú has entendido algo —le preguntó el abuelo Banks— de todo eso de la Orden del Vellofino de Oro?

—Ni papa —respondió ella mientras veía cómo el camino subía y bajaba y las dunas de arena iban convirtiéndose en montículos con hierba.

Se dirigían a Puerto Rharo, la colección multicolor de edificios apiñados que era lo más parecido a un pueblo que había en la isla.

—¿No te ha parecido un poco, digamos, misterioso? —insistió el abuelo.

—Un poco extraño sí que ha sido —admitió Bonnie—. Pero, a fin de cuentas, estamos en una isla que se llama Rhara, ¿no?

—Desde luego. Ese tal Percival parece tener la cabeza más dura que un busto romano. Aunque no pienso

preocuparme por nada. Lo importante es que vamos a pasarlo de maravilla.

–Exacto –asintió Bonnie decidida.

–Y nadie, insisto, NADIE, va a ser asesinado, ¿verdad?

–¡Verdad!

Mentira.

BONBON DE TIENE  
A ASESINO PRINGADO

BONBON  
LIMPIA  
EL PUEBLO  
DE CACA

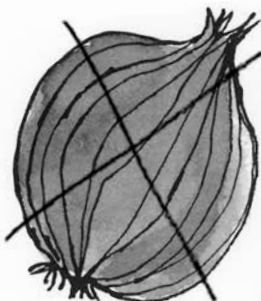


¡LA TIENDA DE LOS  
HORRORES!



POR ORDEN DE LA ORDEN DEL  
VELLOCINO DE ORO

TODO SOBRE LAS  
CEBOLLAS



LA AMENAZA ROJA



EL DIABLO  
BLANCO



## Capítulo 2

### El «accidente»

Por extraña que fuera, Isla Rhara también era muy bonita, con sus colinas redondas y sus riscos irregulares y sus muros de piedra inacabables y retorcidos. Bonnie vio que en todas las curvas del camino había un cartelito. Uno de ellos decía:

Y otro  
más allá:



Y hasta habría jurado que vio uno que decía simplemente:



Aunque hacía buen tiempo y brillaba el sol, los isleños no parecían muy contentos. A medida que se acercaban a Puerto Rharo, Bonnie vio a gente reemplazando tejas que habían salido volando la noche anterior como naipes tirados al suelo por alguien que no sabe perder. También vio a un hombre que retiraba muy molesto una larga tira de banderitas de papel que había caído sobre un seto. Por todo el suelo había esparcidos tubérculos, calabacines y otras verduras con caricaturas pintadas; una mujer con un gran sombrero lleno de florecillas los recogía y los metía en un cesto de mimbre.

Bonnie observó que entre las verduras no había ni una cebolla. Iain Percival se sentiría orgulloso.

Estaba claro que la tormenta nocturna les había fastidiado los preparativos para la feria. Pero Bonnie no dejaría que eso le estropeará las vacaciones.

—Pues muy bien —dijo el abuelo Banks hablando lentamente, como hacía siempre que estaba concentrado conduciendo—. ¿Qué te apetece que hagamos primero, querida?

—¿Y si vamos a dejar las cosas al Hotelito Infinito?

(En realidad no se llamaba así, sino Pensión Gran Apolo. Bonnie le había dado el nombre de Hotelito Infinito porque, como incluía estancia y desayuno durante varios días, iba a ser estancia y desayuno y estancia y desayuno y estancia y desayuno, etcétera).

—Lo que quería decir —aclaró el abuelo— es que qué quieres hacer después de ir al Hotelito Infinito y... ¡ay, caramba! —Se ajustó sus gafas de conducir nuevas.

—¿Qué pasa?

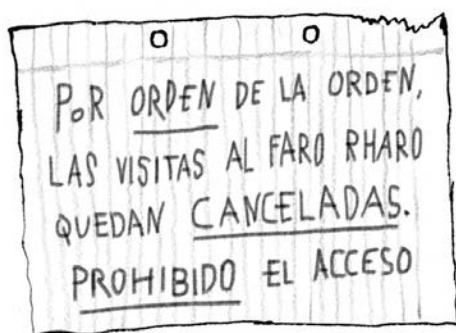
—Ay, caramba, caramba, caramba —insistió él, y frenó al lado de una placita con un pequeño (y muy bien cuidado) jardín redondo.

El abuelo se bajó, seguido por Bonnie. Puerto Rharo olía muy fuerte a sal y cosas estancadas. La niña oyó el chocar espumoso de las olas y el suave clonc-clonc de las barcas amarradas al muelle. Las calles eran de adoquines, y las coloridas casas tenían una tendencia inquietante a ser estrechas por abajo e irse ensanchando



hasta el tejado. Si Puerto Rharo era un pueblo que casi parecía pintado por un artista, al artista en cuestión le faltaban unas cuantas lecciones de arquitectura.

Consultaron el mapa exquisitamente detallado que había en el tablón de avisos de la placita. Tenía una flecha que decía *USTED ESTÁ AQUÍ* y que señalaba al muelle. Una mujer con un uniforme parecido al de la policía estaba pegando un cartel escrito a mano al otro lado del tablón.



¡Oh, no! Hacía semanas que el abuelo Banks estaba entusiasmado con visitarlo. Era el último faro mecánico del mundo, como ya le había recordado a Bonnie tres veces aquella mañana. También era una de las atracciones más importantes de Isla Rhara para

caballeros de cierta edad vestidos con cárdigan. Y ahora resultaba estar cerrado.

—Perdón, hum, ¿agente? —le preguntó el abuelo tímidamente a la mujer—. ¿Forma parte usted de esa Orden del Vellochino...?

Llevaba un casco negro y, cuando sonreía, la tira hacía que su cara se volviera redonda del todo.

—¿... de Oro? ¡Ja! Ni hablar —acabó ella la frase, a la vez que le dedicó un saludo estilo oficial bastante torpe—. Agente especial Roz Baillie, a su servicio.

Bonnie no sabía qué pensar de aquella mujer. Roz parecía haberse hecho el uniforme con cosas encontradas en un armarito; sin duda, la cresta del casco era un plumero boca abajo.

—¿Qué es una agente especial? —le preguntó.

—Buenos días, jovencita. ¡Qué pregunta más inteligente! —Roz se unió las manos a la espalda y contestó con el tono amable, pero un poco perdonavidas, al que Bonnie estaba acostumbrada cuando no llevaba el disfraz de Montgomery Bonbon—. Pues soy como una agente normal, pero en vez de normal soy especial. Me ocupo de mantener la paz durante las preparaciones para la feria, encargada por la Orden del Vellochino de Oro.

O sea, que no soy la pasma de verdad, sino más bien una voluntaria. –Paró y pensó un momento–. Aunque, en realidad, de voluntario no tiene nada. Casi todo lo que se hace en Isla Rhara es porque lo dice la Orden.

–Pero ¿qué es la dichosa Orden? En Widdlington no tenemos ninguna Orden de nada de oro ni no de oro...

–Bueno, a ver... –Esta vez Roz hizo una pausa aún más larga–. Es como una mezcla de ente municipal y Santa Inquisición. Ellos crean las reglas, organizan la feria y mangonean a todos. ¡Es la tradición! Sus miembros son elegidos por los habitantes de Isla Rhara, aunque al final cada año votan a los mismos. ¡También es la tradición!

–¿Y de verdad que la Orden ha cerrado el faro? –preguntó Bonnie. Confiaba en que tal vez el cartel no fuera muy riguroso y dejaran entrar a los turistas insistentes–. A mi abuelo le hacía mucha ilusión verlo.

–Sí, me hacía mucha ilusión –confirmó él con tristeza–. ¿Sabía usted que es el último faro mecánico que queda en el mundo?

–Que sí, que sí, que ya lo sabemos –contestaron Bonnie y Roz a la vez.



—Lo siento mucho, pero está totalmente cerrado al público —continuó diciendo la agente especial—. Seguro que lo comprenderá, dadas las circunstancias.

Bonnie y el abuelo parpadearon: no tenían ni idea de cuáles eran las circunstancias. Roz se llevó la mano a la boca.

—¡Por Dios! No saben ustedes nada del accidente, ¿verdad?

La niña y su abuelo se intercambiaron una mirada: la palabra «accidente» no acostumbra a referirse a nada bueno, como por ejemplo una explosión de palomitas de maíz o alguien que por error encarga demasiados cachorrillos.

Un escalofrío pareció recorrer a Roz Baillie. Tomó del codo al abuelo Banks, lo llevó unos pasos hasta el extremo de la plaza y señaló algo. Bonnie vio a lo lejos la alta silueta del Faro Rharo. Se acercó en silencio para oír a la mujer.

—Anoche, durante la tormenta..., la linterna del faro dejó de girar.

—¿Que dejó de girar? —repitió el abuelo.

Ella asintió.

—Algunos fueron a investigar y vieron a la cuidadora, Maude Cragge. O, más bien, encontraron su cadáver. El viento la había tirado desde arriba y estaba muerta. ¡Horrible! Se la han llevado esta mañana, pobrecilla. Y, claro, tratándose de la Gran Sabelotodo de la Orden... En fin, los demás hacemos lo que podemos.

¡Oh, no!, pensó Bonnie.



–Lamento la pérdida, agente Baillie –dijo el abuelo con tono sereno.

Algo en la reacción de Roz hizo sospechar a Bonnie que la agente especial no estaba especialmente afectada por la pérdida de Maude Cragge.

–Bueno, queda mal decirlo –susurró ella–, pero no creo que mucha gente de por aquí vaya a echarla de menos. Todo tenía que hacerse a su manera, como ella decía. Pero, en fin, un accidente es un accidente.

Bonnie no pudo contenerse: tenía que enterarse de algo más. Carraspeó, y Roz se volvió hacia ella.

–¿Están totalmente seguros de que fue un accidente? La mujer asintió.

–Sí, sí. Un trágico accidente. Muy trágico.

Bonnie suspiró aliviada y cogió al abuelo Banks de la mano.

–Bueno, me parece que ya es hora de...

–Aunque –siguió Roz– esta mañana me pareció que había algo..., no sé, raro..., en el faro.

–¿Algo raro? –Bonnie sintió que se le fruncía el labio superior–. ¿Qué tenía de raro?

–No sabría explicarlo, pero algo en la escena del crimen no parecía tener sentido... –Bonnie tenía más,

muchas más preguntas; pero, antes de poder aclararse las ideas, Roz negó con la cabeza, agitando el cepillo del engrudo—. Bah, nada, tonterías mías. Disfruten de su estancia en la isla.

Roz recogió su pila de carteles y su cubo con cola para seguir con su tarea y dejó a Bonnie y al abuelo en la plaza. La niña se quedó hecha polvo. Sabía que lo de la agente especial no eran «tonterías suyas»: era instinto detectivesco.

Todo buen detective busca siempre cosas que no acaben de encajar, que estén fuera de sitio, que tengan algo de extraño o inexplicable. Así era como Montgomery Bonbon había resuelto el caso de una famosa banda de contrabandistas de puzles, porque en la escena del crimen había algo que no encajaba. También consiguió solucionar la desaparición del conde Lukkas, alcalde de Widdlington, cuando notó que le habían robado su enorme collar de oro, dejando en su lugar una nota que decía: *¡Hasta luego, Lukkas!*

Y, por supuesto, estaba el caso del misterioso robo de las gafas de conducir del abuelo Banks: Bonnie solventó el misterio al descubrir que se las había subido a la cabeza (eso pasaba casi cada día).

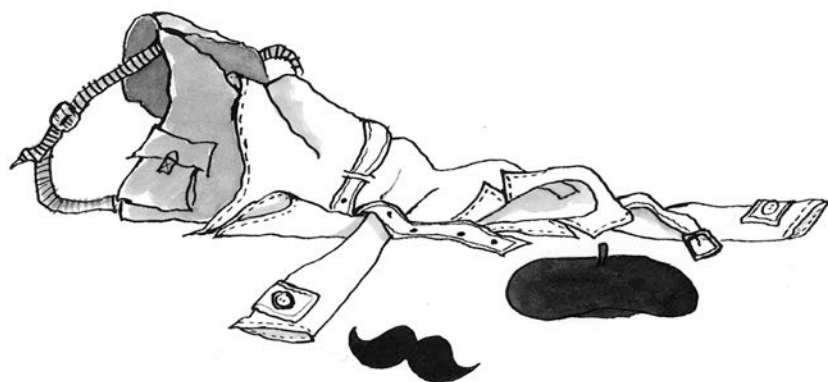
Volviendo al presente, sí, a Bonnie le había quedado mucho que preguntar: ¿quiénes eran los miembros de la tal Orden del Vellochino de Oro?, ¿qué funciones tenía exactamente el cargo de Gran Sabelotodo? Pero de una cosa estaba segura: lo que había visto Roz Baillie en el Faro Rharo tenía que ser una pista. Y donde hay pistas hay crímenes. Por su expresión, el abuelo Banks estaba pensando lo mismo. De hecho, sin decir una palabra echó a caminar hacia Bessie, resignado. Al llegar, abrió la puerta trasera.

—Parece que hay algo en el faro, ¿eh, cariño?

Entró y se puso a revolver en una nevera que había dejado de funcionar hacía mucho tiempo y ahora estaba cubierta de envoltorios vacíos de helado de chocolate. Bonnie estiró el cuello para ver qué hacía.

—Entonces me parece que lo de traer esto ha sido una buena idea, ¿no? —dijo él.

Sacó una mochila amarilla. Sin duda, había descubierto su escondite y la había metido en la furgoneta sin que Bonnie la viera. Dentro había una boina, una gabardina y un mostacho. En cuanto los vio, la niña supo que se habían acabado las vacaciones... y comenzaba la investigación de Montgomery Bonbon.



## **Alasdair Beckett-King**

Alasadir es un premiado cómico y autor. Ha interpretado monólogos humorísticos, aplaudidos por la crítica, en el *fringe* del Festival de Edimburgo, así como en la radio y la televisión británicas. Ha sido coguionista de un juego de ordenador, también premiado, y sus *sketches* virales en internet han divertido y molestado a gente del mundo entero. Su primer libro, *Montgomery Bonbon. Asesinato en el museo*, fue declarado «libro *indie* del mes» por una asociación de librerías independientes británicas.

## **Claire Powell**

Claire ha sido ilustradora de grandes éxitos de la literatura infantil. Empezó a dedicarse a los libros en 2016 y aún no se ha arrepentido. Sus colaboraciones con Kes Gray, Simon Farnaby y Beth Lincoln han llegado a lo más alto de las listas de ventas.

# Bambú Grandes Lectores

***Bergil, el caballero perdido de Berlindon***

J. Carreras Guixé

***Los hombres de Muchaca***

Mariela Rodríguez

***El laboratorio secreto***

Lluís Prats y Enric Roig

***Fuga de Proteo 100-D-22***

Milagros Oya

***Más allá de las tres dunas***

Susana Fernández

Gabaldón

***Las catorce momias de Bakrí***

Susana Fernández

Gabaldón

***Semana Blanca***

Natalia Freire

***Fernando el Temerario***

José Luis Velasco

***Tom, piel de escarcha***

Sally Prue

***El secreto del doctor Givert***

Agustí Alcobarro

***La tribu***

Anne-Laure Bondoux

***Otoño azul***

José Ramón Ayllón

***El enigma del Cid***

M.ª José Luis

***Almogávar sin querer***

Fernando Lalana,

Luis A. Puente

***Pequeñas historias del Globo***

Àngel Burgas

***El misterio de la calle de las Glicinas***

Núria Pradas

***África en el corazón***

M.ª Carmen de la Bandera

***Sentir los colores***

M.ª Carmen de la Bandera

***Mande a su hijo a Marte***

Fernando Lalana

***La pequeña coral de la señorita Collignon***

Lluís Prats

***Luciérnagas en el desierto***

Daniel SanMateo

***Como un galgo***

Roddy Doyle

***Mi vida en el paraíso***

M.ª Carmen de la Bandera

***Viajeros intrépidos***

Montse Ganges e Imapla

***Black Soul***

Núria Pradas

***Rebelión en Verne***

Marisol Ortiz de Zárate

***El pescador de esponjas***

Susana Fernández

***La fabuladora***

Marisol Ortiz de Zárate

***¡Buen camino, Jacobo!***

Fernando Lalana

***La montaña del Infierno***

Marisol Ortiz de Zárate

***Cómo robé la manzana más grande del mundo***

Fernando Lalana

***El canto del cisne***

Núria Pradas

***Montgomery Bonbon. Asesinato en el museo***

Alasdair Beckett-King /

Claire Powell

***La llave de plomo***

Carlo Frabetti

***Montgomery Bonbon. Muerte en el faro***

Alasdair Beckett-King /

Claire Powell



*A Aileen, enamorada  
de las cebollas y los asesinatos.  
Claire*

*Dedico este libro  
a mis muchos enemigos.  
Alasdair*

Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Publicado por acuerdo con Walker Books  
Limited, Londres SE11 5HJ  
Título original: *Montgomery Bonbon.*  
*Death at the Lighthouse*

© 2023, Alasdair Beckett-King,  
por el texto

© 2023, Claire Powell, por las  
ilustraciones de cubierta e interior

© 2025, Marcelo E. Mazzanti,  
por la traducción

© 2025, Editorial Casals, SA,  
por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona  
editorialbambu.com

bambulector.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-1086-003-2

Depósito legal: B-14120-2025

*Printed in Spain*

Impreso en Anzós, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

bam  
bú

+11

GRANDES  
LECTORES

UN VOTO A IAIN ES UN VOTO  
CONTRA EL CAMBIO!

¡Absolutamente  
divertida!

Tiempos Raros

## BONNIE MONTGOMERY ES LA MEJOR DETECTIVE DEL MUNDO.

Algo huele muy raro desde el momento en que Bonnie llega a la isla Rhara... ¡Y no es solo el olor a pescado del puerto! Ha ocurrido una misteriosa muerte en el faro, y casi todos los habitantes de la isla parecen sospechosos...

Es el momento perfecto para que Bonnie se coloque su bigote postizo y se transforme en su alter ego: la superdetective Montgomery Bonbon.



El primer caso de  
Montgomery

Agente  
Especial

[www.editorialbambu.com](http://www.editorialbambu.com)



9 788410 860032



PEFC  
PEFC/14-38-00310

PEFC Certificado

Este producto  
procede de bosques  
gestionados de forma  
sostenible

[www.pefc.es](http://www.pefc.es)